

no será justificado, no aprovechará mucho; y trae para esto muchas autoridades de la sagrada Escritura, y entre ellas aquello del Profeta, Psalm. CXXXIX, v. 12: *Vir linguosus non dirigetur in terra*: El hombre parlero y hablador no será enderezado en la tierra. No medrará, no crecerá, comprenderle ha aquella maldición del patriarca Jacob, Genes. XLIX, v. 4. *Effusus es sicut aqua, non crescas*: Habeos derramado como agua, habeis derramado el corazón por esas puertas de la boca y de los sentidos, desmandándolos á tomar vanos entretenimientos en estas cosas exteriores: no creceréis, no medraréis.

Comparan muy bien los Santos al que no trae guardada y cerrada su boca al vaso sin cubierta, al cual mandaba Dios que fuese tenido por inmundo: *Vas quod non habuerit operculum, nec ligaturam desuper, immundum erit*, Num. XIX, v. 15; porque está expuesto para recibir dentro de sí cualquier inmundicia, y luego se llena de polvo y de suciedad. Así cuando uno no tiene cerrada la boca, presto se llena de imperfecciones y de pecados. Así lo dice el Espíritu Santo por el Sábio, y lo repite muchas veces: *Qui multis utitur verbis, ledat animam suam*, Eccli. XX, v. 8; y en otra parte: *In multiloquio non deerit peccatum*, Prov. X, v. XIX; y en otra: *In multis sermonibus invenitur stultitia*. Eccles. V, v. 2. El que habla mucho, dañará su alma. El que habla mucho, en algo yerra,

no faltará pecado en el mucho hablar. Pluguiera á Dios que no experimentáramos esto tanto como lo experimentamos. Dice muy bien san Gregorio (1): Comenzaréis por palabras buenas, y de ahí vendréis á una palabra ociosa, y de ahí saltaréis luego á otra jocosa, luego á otra enojosa, y poco á poco se va calentando la lengua, y creciendo el deseo de encarecer las cosas, y hacer que parezcan algo; y cuando no pensaréis, habréis resbalado en otras mentirosas, y por ventura maliciosas y aun perniciosas: comenzaréis por poco y acabaréis por mucho, que así suele acontecer, comenzar burlando y acabar murmurando.

Mas: dice Alberto Magno, lib. de virtut. c. 31: *Ubi non est taciturnitas, ibi homo de facili ab adversario superatur*: Donde no hay silencio fácilmente es uno vencido del enemigo. Y trae para esto aquello de los Proverbios, Prov. XXV, v. 28: *Sicut urbs patens, et absque murorum ambitu, ita vir, qui non potest in loquendo cohibere spiritum suum*: El que no se puede contener en el hablar, es como una ciudad abierta y sin muros. Sobre las cuales palabras dice san Jerónimo (2), que así como la ciudad abierta y sin muros está muy expuesta para ser entrada y saqueada de los enemigos; así el que no está guardado con este muro del silencio está

(1) Gregor. lib. 7 Moral. cap. 17; et 3 p. Pastor. admon. 3.

(2) Hieronym. ibid. Gregor. 3 p. Pastor. cap. 13; et lib. 7 Moral. cap. 25.

muy expuesto y muy á peligro para ser vencido de las tentaciones del demonio; y podemos dar otra razón mas particular de eso: así como acá á un hombre que está descuidado y entretenido en otras cosas diferentes fácilmente le pueden engañar; pero al que está siempre sobre aviso, con dificultad; así al que no guarda silencio, fácilmente le puede engañar el demonio, porque anda divertido, entretenido y embebecido en cosas impertinentes; pero el que anda con silencio y recogimiento, anda siempre apercebido y sobre aviso, y así no le engañará fácilmente el demonio, ni le echará treta falsa.

CAPÍTULO VII.

Que andar uno con modestia, silencio y recogimiento no es vida triste, sino muy alegre.

De lo dicho se sigue una cosa digna de advertir en esta materia: que esta manera de vida recogida, andar uno con sus ojos bajos, no querer hablar ni oír sino lo necesario, haciéndose sordo, ciego y mudo por Dios, no es vida triste ni melancólica, sino antes muy alegre y gustosa: y tanto mas que esa otra, cuanto es mas dulce la conversacion y compañía de Dios que la de los hombres, á la cual nos convida y lleva ese recogimiento. Dice san Jerónimo (1): *Viderint alii quid sentiant, unus-*

(1) Hieronym. epist. 4 ad Rust. Monach. de vivend. form.

quisque enim suo sensu ducitur: mihi oppidum carcer, et solitudo paradisisus est: Sientan otros lo que quisieren, porque cada uno dice de la feria como le va en ella: lo que de mí sé decir es, que la ciudad me es cárcel, y la soledad paraíso. Y san Bernardo decia (1): *Numquam minus solus, quam cum solus*: Nunca estoy menos solo, que cuando estoy solo. Entonces estoy mas acompañado y mas alegre y regocijado, porque aquello que satisface y da verdadero contento al corazón, es el tratar y conversar con Dios. Para los que no tienen este trato interior, ni saben de espíritu, ni de oracion, ni hallan gusto en las cosas espirituales, será esta vida triste y melancólica; pero no para el buen religioso.

De aquí se entenderá otro engaño (2), que como piensa el ladrón que todos son de su condicion, algunos en viendo al otro devoto y recogido, y sus ojos bajos, y que no anda hablando como ellos con todos los que encuentra, luego les parece que anda tentado, ó que anda triste y melancólico, y aun algunas veces se lo dicen. Y hay algunos que no se atreven á andar con la modestia y silencio que querrian y deberian por temor de esto: lo cual se debe advertir mucho, para que nadie haga daño por su indiscrecion y poco espíritu; porque vos no sabeis tener alegría

(1) Bernard. epist. seu tract. ad Frat. de Monte Dei.

(2) Tractat. 1, cap. 15.

y contento en el silencio y recogimiento, ¿pensais que el otro tampoco lo ha de tener? ¿Ó por ventura os da en rostro la modestia del otro, porque es una continua reprehension de vuestra modestia y poco recogimiento, y por eso no lo podeis sufrir? Dejad al otro ir adelante en su ejercicio, que mayor alegría y contento trae él que no vos; porque aquella es una alegría espiritual y verdadera, que es la que dice san Pablo, II ad Cor. vi, v. 10: *Quasi tristes, semper autem gaudentes*. Aunque os parece á vos que anda triste, no anda sino con mucho contento y gozo interior. Aun allá Séneca (1) avisa de esto á su amigo Lucilo. No está, dice, la alegría verdadera en lo exterior, sino allá dentro en el corazón. Así como el oro y metal fino no es lo que se halla en la superficie de la tierra, sino lo que está en las venas y entrañas de ella; así la verdadera alegría y contento no es el que uno muestra de fuera hablando, riendo y conversando con unos y con otros, porque eso no harta ni satisface al alma; sino que está como oro fino en las venas y entrañas del corazón. En tener uno buena conciencia, y un ánimo generoso, despreciador de todas las cosas del mundo, y levantado sobre todas ellas, en eso está el verdadero gozo y contento.

(1) Senec. lib. 3, epist. 23 ad Lucillum, de solido et inani gaudio.

CAPÍTULO VIII.

De las circunstancias que tenemos de guardar en el hablar.

Pone Domine custodiam ori meo, et ostium circumstantiæ labiis meis.

Psalm. CXL, v. 3. Los bienaventurados santos y doctores de la Iglesia Ambrosio y Gregorio (1), tratando de los muchos males y daños que se siguen de la lengua, de que está llena la sagrada Escritura, especialmente los sapienciales, y encomendándonos mucho la guarda del silencio para que nos libremos de tantos daños y peligros, dicen: *Quid igitur, mutos nos esse oportet?* ¿Pues qué quereis que hagamos? ¿Habemos de ser mudos? *Minimi*. No queremos decir eso, dicen estos Santos; porque la virtud del silencio no está en no hablar. Así como la virtud de la templanza no está en no comer, sino en comer cuando es menester, y lo que es menester, y en lo demás abstenerse; así la virtud del silencio no está en no hablar, sino en saber callar á su tiempo y en saber hablar á su tiempo; y trae para esto aquello del Eclesiastés, III, v. 7: *Tempus tacendi, et tempus loquendi*: Hay tiempo de callar, y tiempo de hablar. Y así es menester mucha discrecion para acertar á hacer cada cosa de estas á su tiempo; porque así como es falta de hablar cuando no

(1) Ambros. lib. 1 Offic. cap. 3; Gregor. lib. 7 Moral. cap. 17; et part. 3 Pastor. admonit. 15.

conviene, así tambien lo es dejar uno de hablar cuando debería de hablar. Estas dos cosas dicen estos Santos que nos dió á entender el Profeta en las palabras propuestas: Poned, Señor, guarda en mi boca. ¿Qué guarda pedís, santo Profeta? *Ostium circumstantiæ labiis meis*: Una puerta con que se cierren mis labios. Nota muy bien san Gregorio que no pide David á Dios que ponga una pared en su boca, y la cierre á piedra y lodo para que nunca se abra, sino puerta que se abra y se cierre á sus tiempos, para darnos á entender que tenemos de callar y cerrar la boca á su tiempo, y abrirla á su tiempo, y que en eso está la discrecion y la virtud del silencio. Esto mismo es lo que pide el Sábio, diciendo: *Quis dabit ori meo custodiam, et super labia mea signaculum certum, ut non cadam ab ipsis, et lingua mea perdat me?* Eccli. XXII, v. 33. ¿Quién dará guarda á mi boca, y pondrá un sello en mis labios, para que no venga á caer por ellos, y mi propia lengua me condene? Son menester tantas circunstancias y condiciones para hablar sin errar, que con razon teme el Sábio de perderse por la lengua, y pide esta discrecion para saber cerrar y abrir la boca cuando conviene; porque una sola circunstancia que falte basta para errar: y para que el hablar sea acertado y bueno es menester que concurren todas las circunstancias sin faltar ninguna: *Quia bonum surgit ex integra causa, malum au-*

tem ex quocumque defectu. Esta diferencia hay del bien al mal, y de la virtud al vicio, que para la virtud es menester que concurren todas las circunstancias sin faltar ninguna; y para el vicio basta una sola que falte.

Las circunstancias que son necesarias para hablar bien pónenlas comunmente los santos Basilio, Ambrosio, Bernardo y otros (1). La primera y principal es mirar primero muy bien lo que se ha de hablar, y la misma naturaleza nos da bien á entender el recato grande que tenemos de tener en esto; pues así guardó y escondió la lengua, no solamente con una puerta y cerradura, sino con dos, primero con los dientes, y despues con los labios; muro y antemuro puso á la lengua, no habiendo puesto á los oidos guarda ni cerradura ninguna: para que por ahí entendamos la dificultad y recato que tenemos de tener en hablar, y la prontitud y facilidad en el oír, conforme á aquello del apóstol Santiago, I, v. 19: *Sit autem omnis homo velocis ad audiendum, tardus autem ad loquendum*. Esto mismo se nos enseña en la composición y armonía de la lengua, porque hay en esta dos venas, una que va al corazón, y otra al cerebro, donde ponen los filósofos el asiento del entendimiento, para darnos á entender que lo que

(1) Basilius, in regul. brevior. 208; et in Constit. monast. cap. 12; Ambros. lib. 1 Offic. cap. 10; Bernard. de Ordine vit. et morum instit. cap. 6.

se ha de hablar ha de salir del corazon y regulado por la razon. Y así este es el primer aviso que da san Agustin para hablar bien: *Omne verbum prius veniat ad limam, quam ad linguam*: La palabra primero ha de ir á la lima, que á la lengua; primero se ha de registrar allá dentro en el corazon, y limarse con la regla de la razon, que salga por la boca. Esta es la diferencia que pone el Eclesiástico, XXI, v. 9, entre el hombre sábio y el necio: *In ore fatuorum cor illorum, et in corde sapientium os illorum*: Los necios tienen su corazon en la lengua, porque le tienen rendido á ella, y al apetito desordenado de hablar; y así dicen todo lo que se les viene á la boca; porque el corazon consiente luego, como si lengua y corazon fuese una misma cosa. Pero los sábios y prudentes tienen la lengua en el corazon, porque todo lo que han de hablar sale de él, y con consejo de la razon tienen la lengua rendida y sujeta al corazon, y no el corazon á la lengua, como los necios.

San Cipriano dice, que así como el hombre sóbrio y templado ninguna cosa echa en su estómago sin que primero la masque; así el hombre prudente y discreto ninguna palabra echa de la boca sin que primero la rumie muy bien en su corazon; porque de las palabras no bien pesadas ni pensadas se suelen levantar las contiendas. San Vicente dice, que tanta dificultad habíamos de tener en abrir la boca

para hablar, como en abrir la bolsa para pagar. ¡Qué de espacio y con qué acuerdo abre el otro la bolsa, mirando primero muy bien si lo debe, y cuánto debe! Pues de esa manera y con esa dificultad habeis de abrir la boca para hablar, mirando primero si debeis de hablar, y lo que debeis de hablar, y no hableis mas palabras que las que debeis, como el otro no paga mas de lo que debe. Concuerta con esto san Buenaventura (1), diciendo que ha de ser uno tan cauto y tan escaso en las palabras, como el avariento en sus dineros.

San Bernardo (2) aun no se contenta con esto, sino dice: *Antequam verba proferat, bis ad limam veniant, quam semel ad linguam*. Dos veces quiere que pasen primero las palabras por la lima de la razon, antes que lleguen una vez á la lengua; y lo mismo dice san Buenaventura (3). San Efrén (4) dice, y lo trae del santo abad Antonio: Antes que hableis, comunicad primero con Dios lo que habeis de hablar, y la razon y causa que hay para hablar, y entonces hablad como quien ejecuta la voluntad de Dios, que quiere que hableis. Esta es la principal circunstancia para hablar bien, y si esta guardamos, fácilmente podremos guardar las demás.

La segunda circunstancia que habemos de mirar en el hablar es el

(1) Bonav. tom. 2 opusc. de profectu Religios. cap. 10.

(2) Bernard. in spec. Monach.

(3) Bonav. in spec. discip. cap. 5.

(4) Ephren, tom. 2, p. 28, cap. 18.

fin é intencion que nos mueve á hablar; porque no basta que las palabras sean buenas, sino es menester tambien que el fin sea bueno: porque algunos, dice san Buenaventura, hablan cosas buenas por parecer espirituales, otros por venderse por agudos y bien hablados: de lo cual, lo uno es hipocresía y fingimiento, y lo otro vanidad y locura.

Lo tercero, dice san Basilio, que es menester mirar quién es el que habla, y á quién y delante de quién habla: y da aquí muy buenos documentos de cómo se han de haber los mozos delante de los viejos, y delante de los sacerdotes los que no lo son, apoyándolo todo con autoridades de la sagrada Escritura: *Noli verbosus esse in multitudine Presbyterorum*. Eccli. VII, v. 15. Es muy buena crianza y reverencia callar delante de los ancianos y delante de los sacerdotes. San Bernardo (1) dice, que los mozos callando honran á los mayores. Aquello es una manera de reverencia y reconocimiento, y de darles la ventaja; y añade una buena razon: *Silentium est maximus actus verecundiae*: El silencio es un acto muy principal de la vergüenza, la cual parece muy bien en los mozos. San Buenaventura (2) declarando esto mas, dice, que así como el temor de Dios compone y ordena á uno allá en lo interior, y le hace estar bien con Dios; así

la vergüenza le compone y ordena en lo exterior, y le hace tener modestia, comedimiento y silencio delante de los mayores.

La cuarta circunstancia, dice san Ambrosio, es mirar el tiempo en que se ha de hablar; porque una de las principales partes de la prudencia es saber decir las cosas á su tiempo: *Homo sapiens tacebit usque ad tempus, lascivus autem, et imprudens non servabunt tempus*. Eccli. XX, v. 7. El hombre sábio y prudente callará hasta su tiempo; pero el imprudente é indiscreto no guarda tiempo ni coyuntura. Y del que guarda esta circunstancia de hablar á su tiempo dice el Espiritu Santo: *Mala aurea in lectis argentis, qui loquitur verbum in tempore suo*. Prov. XXV, v. 11. Manzana de oro sobre columnas de plata es hablar lo que conviene á su tiempo: parece eso muy bien, y da mucho contento. Y por el contrario, aunque lo que se habla sea bueno, si no se dice á su tiempo desagrada: *Ex ore fatui reprobabitur parabola, non enim dicit illam in tempore suo*. Eccli. XX, v. 22. De la boca del necio, dice el Eclesiástico, no es bien recibida la palabra sentenciosa, porque no la dice á su tiempo. Á esta circunstancia pertenece no interrumpir á nadie, que es mala crianza y poca humildad. No es buen tiempo de hablar cuando el otro está hablando: *In medio sermonum ne adjicias loqui*. Eccli. XI, v. 8, dice el Sábío. Esperad que acabe el otro su razon, y entonces

(1) Bernard. de ord. vit. et mor. instit.

(2) Bonav. de inform. novit. p. 1, c. 28.

entraréis vos con la vuestra. A esto tambien se reduce lo que allí añade: *Priusquam audias, ne respondeas verbum*: No respondais antes que acabeis de oír lo que os dicen; y en otra parte dice: *Qui prius respondet, quam audiat, stultum se esse demonstrat, et confusione dignum*. Prov. c. XVIII, v. 13. El que responde antes que acabe de oír lo que le dicen, muestras da de poco asiento, y muchas veces queda confundido; porque no respondió á propósito, pensó que le iban á decir aquello, y no le iban á decir sino otra cosa; despuntó de agudo. Da tambien san Basilio otro aviso acerca del responder: que si preguntan á otro, calleis vos. Y cuando están muchos y les dicen que digan su parecer en tal cosa, si no os preguntan á vos en particular, es poca humildad que querais haceros el principal, y tomar la mano por todos: hasta que os digan en particular que digais, callad.

La quinta circunstancia que ponen los Santos para hablar bien, es: *Loquendi modus*: El modo y tono de la voz, que es lo que nos dice á nosotros nuestra regla 28 comun. Todos hablen con voz baja, como á religiosos conviene. Esta es una muy principal circunstancia del silencio, ó por mejor decir, una muy gran parte de él. San Agustín (1) sobre aquellas palabras que dijo Marta á su hermana, cuando Cristo nuestro Redentor fué á resucitar á Lázaro: *Et vocavit Ma-*

(1) August. tract. 4 sup. Joan. XI, 28.

riam sororem suam silentio, dicens: Magister adest, et vocat te: Llamó Marta á María en silencio, diciendo: El Maestro está aquí, y te llama; pregunta el Santo: ¿Cómo dice en silencio, pues dijo: El Maestro está aquí y te llama? Y responde: que la voz baja se llama silencio. Pues así acá, cuando hablan unos con otros en sus oficios con voz baja, entonces decimos que hay silencio en casa; pero cuando hablan alto, aunque las cosas sean necesarias, no guardan silencio. De manera que para que haya silencio en todas las oficinas y parezca casa de Religion, y nosotros parezcamos religiosos, es menester hablar bajo. Dice san Buenaventura (1), que es gran falta en un religioso hablar alto. Basta que habléis de manera que los que están cerca os puedan entender. Y si quereis decir algo al que está léjos, id allá, decidsele; porque no conviene á la modestia religiosa hablar á voces ni desde léjos. Y advierte san Buenaventura que la noche y el tiempo de reposo y de recogimiento piden aun mas particularmente que el hablar sea mas bajo, para no inquietar á otros en aquel tiempo, y lo mismo piden algunos lugares particulares, como la sacristía, portería y refitorio.

Á esta circunstancia del modo de hablar dice san Buenaventura que pertenece tambien hablar con serenidad del rostro, no haciendo gestos con la boca, encogiendo ó

(1) Bonav. in spec. discip. p. 4, c. 5.

extendiendo mucho los labios, ni mostrando señales en los ojos, ó arrugas en la frente ó en la nariz, ni meneos en la cabeza, ni hablando mucho de manos, que es lo que encomienda nuestro santo Padre en las reglas de la modestia. Tambien dice san Ambrosio (1), y san Bernardo (2), que pertenece á esta circunstancia: *Ut vox ipsa non sit remissa, non facta, nihil femineum sonans, sed formam quamdam, et regulam, ac succum virilem reservans*: Que la voz no sea afectada ni quebrada con una blandura mujeril, sino que sea voz de hombre grave: empero aunque no ha de ser el modo de hablar melindroso ni afeminado, dicen que tampoco ha de ser áspero, bronco ni pesado: *Sed ut molliculum, aut infractum, aut vocis sonum, aut gestum corporis non probo, ita neque agrestem, ac rusticum*. Siempre ha de ser el modo de hablar del religioso de tal manera grave, que vaya mezclado con suavidad. Y aunque siempre es menester guardar buen modo en el hablar; pero particularmente es esto mas necesario cuando queremos amonestar ó reprender. Porque si esto no se hace con buen modo, perderáse del todo el fruto de ello. Dice muy bien san Buenaventura de inform. novit.: El que turbado y con cólera corrige ó avisa á otro, mas parece que lo hace de impaciencia y por lastimarle, que de caridad y por celo de aprove-

(1) Ambros. lib. 1 de Offic. cap. 19.

(2) Bern. de ordin. vit. et mor. instit.

charle: *Virtus cum vitio non docetur*: No se enseña la virtud con vicio, ni la paciencia con impaciencia, ni la humildad con soberbia. Mas se edificaria y aprovecharia el otro del ejemplo de vuestra paciencia y mansedumbre que de vuestras razones. Y así dice san Ambrosio, lib. 1 Offic. c. 2: *Monitio sine asperitate, oratio sine offensione*: El aviso y amonestacion ha de ser sin aspereza y sin ofension. Y traen á este propósito aquello del apóstol san Pablo: *Seniorem ne increpaveris, sed obsecra ut patrem*. I ad Tim. v, v. 1. Al anciano no le reprendais, sino rogadle como á padre.

Tambien se reprende aquí con razon el hablar afectadamente con intencion de parecer muy discreto y bien hablado; y así son muy reprendidos los predicadores que procuran hablar curiosa y pulidamente, y hacen estudio particular de eso; con lo cual pierden el espíritu y el fruto de los sermones: dicen que el hablar ha de ser como el agua, que ningun sabor ha de tener para que sea buena.

Finalmente, son tantas las circunstancias que se requieren para hablar bien, que será gran maravilla no faltar en alguna de ellas; y por eso es muy buen remedio acogernos al puerto del silencio, donde con solo callar está uno guardado de los muchos inconvenientes y peligros que hay con el hablar, conforme á aquello del Sábio: *Qui custodit os suum, et linguam suam,*

custodit ab angustiis animam suam. Prov. XXI, v. 23. Y así decía uno de aquellos Padres antiguos: *In omni loco, si taciturnus fueris, requiem habebis*: Si fueres callado, en cualquier lugar tendrás quietud y sosiego. Y aun allá dijo Séneca, epist. 207: *Nihil æque prodest quam quiescere, et minimum cum aliis loqui, secum plurimum*: No hay cosa que, así aproveche como andar uno recogido, y hablar muy poco con otro, y consigo mucho. Bien célebre es aquella sentencia del santo abad Arsenio, que la solía él repetir muchas veces, y aun cantarla, dice Surio en su historia: *Me sæpe pœnituit dixisse, numquam autem tacuisse*: Muchas veces me pesó de haber hablado, y ninguna de haber callado: lo mismo se dice de Sócrates: y da Séneca la razon de esto; porque lo que se calla se puede hablar despues; pero lo que se habla no puede dejar de estar hablado: *Et semel emissum volat irrevocabile verbum*, Horat. epist. 19, lib. 1, dijo el otro; y san Jerónimo, epist. de virginitatē servanda: *Lapis emissus est sermo prolatus*: La palabra que salió de la boca es como la piedra que salió de la mano, que ya no podeis hacer que no vaya y haga el daño. Y por eso es menester, dice san Jerónimo, mirar primero muy bien lo que habeis de hablar, antes que lo echeis por la boca; porque despues no puede dejar de estar hablado: *Quapropter diu antequam sermo proferatur, cogitandus est*: que es el primer aviso que dimos.

Pues resolvámonos de guardar muy bien nuestra lengua, diciendo con el Profeta, Psalm. XXXVIII, v. 1: *Dixi custodiam vias meas, ut non delinquam in lingua mea*: Concerté y determiné de guardar mis caminos. San Ambrosio, lib. 1 Offic. c. 2, sobre estas palabras dice: Unos son los caminos que tenemos de seguir, y otros los que tenemos de guardar: los caminos de Dios habemos de seguir, y los nuestros guardar, porque no nos despeñemos y perdamos por ellos, cayendo en pecado. Y los guardaremos, dice, si sabemos callar. En la historia eclesiástica se cuenta que un monje llamado Pambo, como fuese hombre sin letras, fué á otro monje sábio que le enseñase; y oyendo este verso: *Determiné de guardar mis caminos, no pecando con mi lengua*; no consintió á su maestro pasar adelante á enseñarle el segundo verso, diciendo: Si yo la pudiera cumplir, bastarame esta sola lición. Y como despues de seis meses su preceptor le reprendiese porque no habia vuelto á tomar lición, respondió: En verdad, Padre, que la primera tengo hoy por cumplir. Y despues de muchos años preguntóle uno muy conocido suyo, si habia ya aprendido el verso. Y dijo: Cuarenta y nueve años há que le oí, y apenas le he podido poner por obra. Y sí sabia, aunque él por su humildad dudaba; porque Paladio cuenta de él, que tomó tan bien aquella lición, y la puso de tal manera por obra, que antes

que hablase y respondiese á lo que le preguntaban, levantaba siempre el corazón á Dios, y lo comunicaba y trataba primero con él, conforme al consejo que habemos dicho; y dice que fue por esto tan ayudado de Dios, que cuando se quiso morir, dijo no se acordaba haber hablado palabra que le pesase haberla dicho. Surio cuenta de santa María de Oña vírgen, que una vez guardó perpétuo silencio desde la fiesta de la Cruz de setiembre hasta Pascua de Navidad, de tal manera que en todo este tiempo no habló ni una palabra: lo cual dice que fue tan agradable á Dios, que le fue revelado que con esta obra y mortificación de la lengua, principalmente, habia alcanzado no pasar por purgatorio cuando muriese.

CAPÍTULO IX.

Del vicio de la murmuracion.

Notite detrahere alterutrum fratres. Jacob. IV, v. 11. Hermanos míos, dice el apóstol Santiago, no murmureis unos de otros. Los que murmuran, dice el apóstol san Pablo, ad Rom. I, v. 30; que son aborrecidos de Dios: *Detractores Deo odibiles*. Y el Sábido dice, Prov. c. XXIV, v. 9, que son tambien aborrecidos de los hombres: *Abominatio hominum detractor, et* (Eccli. c. V, v. 17) *susurratori odium, et inimicitia et contumelia*. Abominan los hombres de los murmuradores, y tiénenles grande aversion y ojeriza; y aunque exteriormente se rien

y parece que gustan, allá interiormente les parece muy mal, y se guardan de ellos; porque temen, y con razon, que lo que hacen con otros delante de ellos, harán despues con ellos delante de otros. Esto bastaba para aborrecer y huir mucho este vicio; porque ¿qué mayor mal puede ser que ser aborrecidos de Dios y de los hombres? Pero dejado esto aparte, ahora solamente querria declarar brevemente la gravedad y malicia de este vicio, y cuán fácilmente puede uno llegar en esto á pecar mortalmente, para que procuremos estar muy lejos de ponernos en gran peligro. Su gravedad y malicia consiste en que oscurece y quita la fama, y buena opinion y estima del prójimo, la cual es de mayor precio y valor que la hacienda y riquezas temporales, conforme á aquello del Sábido: *Melius est nomen bonum, quam divitiæ multæ*. Eccli. XXII, v. 1. *Et curam habe de bono nomine: hoc enim magis permanebit tibi, quam mille thesauri pretiosi, et magni*. Eccli. XLI, v. 15. Y así dicen los Doctores que es mayor y mas grave este pecado de la murmuracion, que el pecado del hurto, cuanto es de mas precio y estima la fama y buena opinion, que la hacienda. Y descendiendo mas en particular á tratar cuándo llegará la murmuracion á pecado mortal, y cuándo será solamente venial; dicen lo que suelen decir comunmente en todos los demás pecados que de su género son mortales